

HISTORIA DE LA MEDICINA

TRES EPIGRAFES ACADEMICOS *

JUAN SOMOLINOS-PALENCIA ‡

Cuando empleo el término *epígrafe* lo hago por sus diversos significados, pues entre ellos aparecen los convenientes para dar forma a este texto; epígrafe significa inscripción, título, sumario, resumen, sentencia, proverbio, rubro y, para nuestro propósito sobre todo, cuando indica pensamiento, juicio, concepción, opinión o idea. Por su brevedad el epígrafe puede encabezar cualquier obra de tipo científico o literario; por su belleza y profundidad en ocasiones simboliza y recoge los más altos ideales del autor y de su obra. Con el epígrafe se descubre y se identifica el contenido de una producción. Son estos los motivos que me hicieron aplicar el término epígrafe a tres importantes argumentos.

I

"Hemos oído con frialdad las inculpaciones que se nos hacen de que no siempre somos originales, como si se

* Trabajo de ingreso a la Academia Nacional de Medicina, presentado en la sesión ordinaria del 21 de agosto de 1974.

‡ Académico numerario. Clínica No. 61. Instituto Mexicano del Seguro Social.

debiera privar a los hombres de noticias útiles sólo porque venían éstas de países muy distantes, como si las ciencias tuvieran algo que ver con las zonas terrestres, o con la altura del polo”.

“La naturaleza, una en sus designios, y variadísima en sus medios, es sumamente indócil a las órdenes de los sabios, y cuando éstos quieren subyugarla, como que se ensoberbece y arrebatada en su curso a los hombres y a las cosas. Dicta por tanto la prudencia acomodarse a las circunstancias, y luego de seguir al profesor tenazmente sus idealidades, alternará las tentativas consagradas por la observación de los clásicos”.

“Ni la frialdad, ni el desdén serán bastantes a interrumpir las tareas literarias emprendidas. Por la inversa muy contenta quedará la Academia con el aprecio de muchos, y sobre todo, con el vivo placer que inspiran las acciones desinteresadas que pueden redundar en beneficio de los hombres”.

Manuel Carpio

Con el primer epígrafe mencionamos la biografía de una obra pequeña, inmersa en el inconmensurable desarrollo científico de la humanidad. Sus héroes casi anónimos, son grandes dentro de ella, son los que hicieron posible nuestra vida actual —nuestra Academia—; tuvieron que llevar a cabo la transformación, el cambio de una edad a otra, de una filosofía a otra más moderna, y trajeron con su muestra y sus esfuerzos lo que el país no tenía.

Nuestros héroes —héroes olvidados— son unilaterales. Su heroísmo en nuestra historia los presenta como médicos; son héroes movidos por una sola presión, el afán de progresar, de modernizarse, por



1 Manuel Carpio.

ello soportaron sacrificios y con valentía iniciaron y recomenzaron lo que hoy es nuestra Corporación. Al referirnos a una obra pequeña, con héroes olvidados, lo hacemos en recuerdo del primer antecedente directo —nuestra primera Academia— aquella de 1836, cuyos iniciadores fueron el precedente inmediato y el resultado de una nueva conciencia médica.

La Academia de Medicina de México representó en aquellos momentos una obra titánica; su finalidad consistió en mantener unidos y divulgar entre los profesores y el cuerpo médico los nuevos conocimientos que con mayor frecuencia llegaban de Europa. Pero no es este el momento de detallar la historia de nuestra Academia. Sólo recordemos el propósito de aquel grupo y mencionemos a Manuel Carpio y su vehemente deseo de proyectar los conocimientos médicos con un sentido universal. Fue Carpio el primero que hizo grandes esfuerzos por desterrar las exa-

geraciones y malas tendencias que se habían producido en la medicina. Sus palabras son nuestro primer epígrafe. Con ellas presenta a Grecia cuando menciona los clásicos y así exhibe el origen de nuestra vida, de nuestro pensamiento. Habla del conocimiento científico y lo hace con universalidad. Puntualiza su adaptación de hombre inteligente y revela su esfuerzo por sostener aquella primera obra.

Carpio ante todo propone una interrogante ¿qué es "lo académico"? "Lo académico" es un concepto occidental, una pura casualidad que nada tiene que ver con lo material de la escuela de Platón. "Academia" tantas veces definida, fue el nombre de una serie de edificios jardines, comunidad de maestros y discípulos y así se llamó, por su proximidad con un pequeño bosque dedicado al héroe Academos. Hay que preguntarnos si esta relación occidental es la que infunde sentido a "lo académico". Pero sobre todo, "lo académico" es un concepto occidental. Entre nuestras universidades y la primitiva academia platónica hay continuidad histórica. La escuela de Platón siempre ha sido entendida y propuesta como modelo de nuestras escuelas superiores. En todas las lenguas de occidente significa una norma, una exigencia. En la actualidad quien se pregunte sobre el significado de "lo académico" —sobre lo esencial y específico de "lo académico"— excluyendo la estadística social, será remitido a la escuela de Platón. "Académico" quiere decir "filosófico". La escuela platónica de Atenas fue una escuela filosófica, una comunidad de filósofos, cuya característica interna fue la filosofía, el modo y estilo filosófico de concebir el mundo.

Con el término "filosófico" se habla de "teoría", y teoría, nos dice Aristóteles,

es "la verdad". A esto, Santo Tomás de Aquino añade: "Hay una gran diferencia entre el saber teórico de la verdad y el saber práctico, cuyo significado es la acción". Pero sin apartarnos de nuestro objetivo, ambos conceptos deben conjugarse. Si nos apegamos estrictamente al sentido filosófico, academia significa "teoría", pero sería absurdo definir "lo académico" como lo teórico y por tanto, la academia debe preocuparse por la formación universal con aplicaciones del saber adquirido.

La academia es creación para existir y ser, es relación de teoría y utilidad. En su existir, la academia se enfrenta a dos extremos. Uno de ellos es el trabajador, cuyo propósito más importante es la satisfacción de sus necesidades. Nunca se propone poseer y auxiliar a la naturaleza; su vida es un estado "de servicio" y parte de un engranaje planificado. El otro extremo es el sofista —figura intemporal— cuyo espíritu está arbitrariamente legislado y destruye la básica posibilidad de la teoría. El sofista a su vez se enfrenta al utilitarismo del trabajador y ambos —repetimos— son discrepantes de "lo académico".

La academia es una libertad generosa que con la verdad conserva su fuerza, incluso en momentos de oposición o de indolencia. La libertad académica puede ser libertad filosófica, libre de cualquier fin utilitario que fenece cuando la ciencia se transforma en una organización finalista.

II

"Desde que la Nación se hizo independiente en 1821, se han sucedido las corporaciones médicas, y como he dicho en



2 Leopoldo Río de la Loza.

algún periódico cuando por motivos que no es del caso referir, han tocado á su término, muy pronto se ha levantado otra, aprovechando los más floridos escombros de la antigua. Este Instituto conservador da á conocer una necesidad, y el contribuir á satisfacerla es un servicio meritorio”:

“Señores:

Si el establecimiento de las academias científicas es un bien positivo para las sociedades, el de la medicina en la capital de México, es un verdadero servicio para la humanidad y para la ciencia”.

Leopoldo Río de la Loza.

Sólo se imponen las variaciones del tiempo, y en este segundo epígrafe comprobamos otra vez el continuo deseo de trabajar por la medicina. Encontramos los mismos médicos agrupados bajo un espíritu perseverante, movidos con el mismo interés que veinte años antes.

Por instancias del doctor Río de la Loza, renació la segunda Academia de Medicina de México, la de 1851. Academia de vida efímera, accidentada y poco conocida, pero huella de un mismo y poderoso propósito.

A pesar de la lucha ideológica, Río de la Loza consiguió unificar las tendencias más opuestas. Fue esa una academia de exaltados liberales, de conservadores convencidos, de imperialistas y republicanos, todos unidos por la firme intención de reorganizar la corporación. En sus frases, Río de la Loza repitió las inquietudes de Carpio, se descubre una inquebrantable voluntad y de ellas nacen nuevas dudas. Nos preguntamos, ¿es la academia un estilo?

“El estilo” nació de una nueva manera de pensar, de un género diferente; “estilo” es un sello característico. En sus principios se aplicó a una forma de hablar o de escribir, a una personalidad literaria, a un género literario. Más tarde, en las artes, “estilo” se concibió como un término de valoración. Nos hablan los críticos del pintor que tiene estilo.

Para el hombre que admira la historia, para aquel que gusta de la estética, su resguardo es “el estilo”, descubre que nace y muere, se sucede y aumenta, guarda una doble jerarquía. Hay estilos fundamentales y los hay repetitivos, de emulación. Ambos con valores, pero son los fundamentales los que trazan la pauta, inmovibles más por su contenido que por su apariencia. En los segundos, los de repetición, predomina una decoración vana e intrascendente.

Con el tiempo, nuestro concepto de estilo se introdujo en otras disciplinas. Hoy es impreciso, se dificulta su definición. Por “estilo” se entiende toda una

actividad cultural. La antropología ha resuelto definirlo; se mencionan "estilos de vida", "estilos de civilización".

Nuestra intención no es la definición conservadora del estilo; además de carácter y personalidad, también significa giro. El estilo se condiciona a las cambiantes necesidades de la persona o del grupo. No puede estancarse, su forma le da un fenómeno de repetición; el estilo de cada individuo enlazado una y mil veces origina el "gran género".

Para Goethe, "el estilo clásico griego" no fue un simple concepto de forma, sino la serie de valores originales que no se repetirían en otras culturas. En la historia, algunos estilos impresionan por sus características tan claras y propias. A su vez, el estilo puede demostrar la decadencia cultural, la blandura de una sociedad, siempre como reflejo de todos aquellos estilos individuales fundidos en uno solo.

Volvamos a nuestra interrogante: ¿la academia conserva su estilo? ¿Hallamos nuestro estilo en aquellos héroes olvidados de 1837? ¿También se repite en los de 1851? Leopoldo Río de la Loza es fiel guardián de ello y con él tantos otros. Pero la pregunta sólo se contesta con la actitud, con los hechos, con el tiempo. La Academia tiene su estilo con los giros, que la edad obliga, cambia en sus expresiones pero no en sus propósitos. No se tome ésto como una aseveración conservadora. Es sólo la exigencia, que pesa sobre nosotros. La enfermedad que contrajeron las primeras academias nos selló para siempre.

III

"Cada día se ensancha más el valor de los conocimientos históricos en todos los di-

versos ramos del saber humano, porque es una ley inviolable del verdadero progreso aumentar la riqueza científica con el contingente de todas las edades y de todas las naciones, no es con la mira de una simple curiosidad con lo que la historia revive por decirlo así, las generaciones que existieron con sus costumbres, con sus defectos, con sus mismos vicios y preocupaciones, procurando encadenar los tiempos para el adelanto general de la especie humana. El juicio severo y siempre imparcial de la filosofía, falla sobre los siglos pasados, no sólo con la idea de apreciar el grado de civilización de cada uno, sino principalmente, con la de sacar lecciones provechosas para el porvenir..."

José María Reyes.

Con este preciso epígrafe invocamos la historia, lo hacemos con las frases vigen-



3 José María Reyes.

tes de José María Reyes. No obstante su larga vida, se trata de una figura médica mexicana poco conocida. Encontramos a Reyes en la segunda Academia —la de 1851— pero es en la actual donde durante los primeros años imprimió Reyes el resultado de sus investigaciones. Su obra se conoce como una documentación primitiva de la historia médica mexicana. Su ánimo se ve unido al de la Corporación. Tradicionalmente, esta Academia reconoce la necesidad del estudio histórico médico. Lo mejor de nuestra historiografía aparece publicado en las páginas de su periódico, la *Gaceta Médica de México*.

En 1873 el reglamento de nuestra Institución estableció una sección de *Literatura médica e historia y progresos positivos de la medicina*. Seis años más tarde desapareció y en 1911 con ánimos renovadores se creó la sección de *Historia de la medicina*, que funciona hasta nuestros días. A lo anterior convocamos la intervención de varias personalidades. El largo proceso historiográfico iniciado con José María Reyes, continuó con Lauro María Jiménez, Juan María Rodríguez, Manuel Soriano, Fernando Altamirano y más tarde, con este mismo propósito encontramos a Nicolás León, Benjamín Bandera, Germán Somolinos.

Son varios los participantes en nuestro desarrollo histórico. Sería largo enumerarlos, pero en todos existió la clara intención de una historia para nuestra cultura, de una aplicación útil, de una pauta que nos libra de la repetición.

La Academia y sus historiadores siguieron fielmente los primeros pensamientos de liberación nacional. Perpetuaron en la *Gaceta* las distintas maneras de reflexión y buscaron en algunas corrientes

filosóficas el mejor camino. Dieron a sus exposiciones el método que el positivismo obligó y más tarde, cuando surgió la necesidad de valorar las aportaciones propias, nuestros historiadores respondieron.

El positivismo cumplió su cometido; le sucedió "lo mexicano". Pero no terminaron ahí las orientaciones ideológicas. La presencia de nuevas tendencias filosóficas: la perseverancia de un existencialismo, la aparición de la "razón vital". La manifestación de un "positivismo lógico", de una filosofía de la técnica, de un pensamiento del lenguaje, de una cierta libertad para el empirismo. Todas con grandes y pequeños propósitos asoman en nuestra ciencia y detienen al historiador.

Con cuatro siglos de juventud cultural, México guarda una modesta aportación universal. En los últimos cuarenta años "lo mexicano" permitió marcar con un sello peculiar nuestra corta producción. A nosotros corresponde su difusión, comprender "lo mexicano" como una asimilación más extensa que el simple mestizaje de dos culturas. Ahora la mezcla es diversa. Sin contenciones debemos aprender a dar, recibir y devolver y así con nuestra fisonomía aumentar la experiencia.

Nuevos objetivos nos traza el futuro. Corresponde a nosotros la tarea de un análisis historiográfico, de un conocimiento de la "teoría de la historia", saber desde un concepto general del suceso, hasta el tecnicismo más depurado. Ocuparnos de la teoría del conocimiento histórico, de las corrientes de interpretación, de los métodos y los procedimientos, para más tarde analizar la misma historia. Nuestra historia médica son las etapas de la medicina que aún viven otros pueblos. Su verdadero valor se hallará en la tras-

endencia universal que podamos infundir.

Los tres epígrafes se reúnen en un solo ideal. Comprendo lo difícil que es conservar la personalidad y "el estilo" de un grupo académico. El esfuerzo considerable para unificar las más diversas expresiones, borrar el matiz de las sociedades especializadas y sobrepasar la ciencia individualista para más tarde conseguir un horizonte académico, humano y formativo.

Al referirme a "lo académico" y al "estilo" parecería que lo hago con jactancia. Tal vez se me tache de caer en las mismas expresiones con que se ha juzgado a las academias. Con frecuencia se acusa a nuestras corporaciones por sus "elegantes y hueros" discursos. Mi intención es contraria. Sin perder "el estilo" la Academia es por naturaleza elegante, sus discursos son elegantes, sus figuras distinguidas, su participación original. Entiendo la elegancia como una manifestación de naturalidad; la sencillez es la verdadera elegancia. Me refiero a esa elegancia del espíritu que debe materializarse. Por ello busco la admisión al talento, al conocimiento, la experiencia y la estética, huyo de las divagaciones y admiro la síntesis.

COMENTARIO OFICIAL

FERNANDO ORTIZ MONASTERIO *

Con especial agrado hago uso del privilegio de comentar un trabajo de ingreso a un área de la Academia distinta de la que yo formo parte.

* Académico numerario. Hospital General de México. Secretaría de Salubridad y Asistencia.

COMENTARIO OFICIAL

No pretendo reemplazar a quien es insustituible. Pienso recomenzar una obra más larga que muchas vidas juntas. Asimilar la experiencia y regalarme con ella. El objetivo es lejano, pero en su trayecto sólo busco realizar mi apasionado amor por lo anterior. Siempre con autocrítica, reconoceré nuestros valores en un contexto universal. La Academia es un amplio concepto occidental. Así lo aprendí y en él vivo.

El doctor Juan Enrique Somolinos Palencia sustentó examen profesional como médico cirujano el 19 de febrero de 1963, con la tesis "Francisco Flores, primer historiador de la medicina mexicana". Después de una residencia en laboratorio clínico, realizó estudios de licenciatura en antropología física. Desde 1973 es profesor titular de la asignatura de Historia y Filosofía de la Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ejerce el cargo de jefe del laboratorio clínico en la Clínica Hospital No. 61 del Instituto Mexicano del Seguro Social. Es miembro de las más importantes sociedades de historia de la medicina en la República. La mayor parte de su contribución escrita versa sobre ese tema. La Academia Nacional de Medicina lo recibió como miembro numerario de su Departamento de Sociología Médica y Salud Pública el 21 de agosto de 1974.

Esta noche ingresa oficialmente Juan Somolinos al Departamento de Sociología Médica. Su interés continuado por la historia de la medicina y sus aportaciones en ese campo lo han hecho acreedor al sitio.

En su trabajo *Tres epígrafes académicos*, Somolinos expone sus principios; hace una toma de postura, en lo que al estudio de la historia se refiere. De una manera deliberada se aleja de la historia "factista" y se adentra en el terreno de la interpretación de los hechos, para separar los intrascendentes de aquellos que son en verdad, importantes y que constituyen la verdadera historia.

Se ha dicho muchas veces que la historia consiste en establecer los hechos y después operar con ellos. Así, se nos explica, procedían Tucídides y Herodoto y también la mayoría de sus herederos.

El historiador debe escoger los hechos y así lo hace Somolinos. No puede contentarse con extraer los documentos de los viejos archivos y transcribir su texto en orden cronológico, como un niño recoge pequeños cubos de madera y los junta en un orden cualquiera.

Lucien Febre define la historia como el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha y dentro del marco de la sociedad en que vivieron. Al elegir epígrafes tomados en el sentido de resumen del pensamiento expresado, de juicio y opinión, Somolinos no está solamente seleccionando los hechos que considera relevantes; trata de captar el pensamiento del protagonista y sus motivos.

Estas opiniones representan no sólo las ideas del autor, sino lo que él deseaba que se pensara de sus acciones; por eso es indispensable revisarlas juiciosamente y analizarlas.

De una manera implícita, Somolinos ha situado a Carpio en su tiempo; en un México paupérrimo, dividido en múltiples facciones políticas. La Carta de las Siete Leyes, recientemente aprobada, había cambiado el gobierno de nuestra flamante República, del federalismo al centralismo. Don Joaquín García Icazbalceta editaba el periódico *El Ruiseñor* y escribía críticas vitriólicas.

La información científica que llegaba a Carpio con retraso, hablaba de los estudios de Graves en bocio exoftálmico y los avances que Roux, Bichat y Dupuytren, hacían en cirugía.

Río de la Loza considera la creación de la Academia de 1851 como un servicio para la humanidad y la ciencia, en un momento en

que la desastrosa guerra con los Estados Unidos de América había puesto a México en el camino de las reformas radicales. Mariano Arista había sido electo Presidente de la República entre 16 candidatos y "El Dage-rotropo", periódico de la época, dice: "Dudamos mucho que en ninguna otra época se haya notado tanta acrimonia, tanta corrosión, tanta ira y vehemencia en las discusiones y en las polémicas"... Sin embargo, Río de la Loza persiste en el empeño de Carpio con lo que Somolinos llama "estilo de civilización".

Al escoger a José María Reyes para el tercer epígrafe se subraya la universalidad de la Academia y el interés por la historia al establecer una sección dedicada a este tema, la cual persiste hasta la actualidad.

José María Reyes escribe su *Documentación primitiva de la historia médica mexicana* mientras en el país hay un verdadero despertar literario, íntimamente relacionado con la inquietud política. En torno de Altamirano, que dirige *El Renacimiento*, se agrupan escritores jóvenes y viejos, liberales y conservadores: al lado de los jacobinos Ramírez y Prieto, los imperialistas Montes de Oca y Roa Bárcenas; junto a Payno y Riva Palacio, Justo Sierra y Manuel Acuña. No extraña, por lo tanto, que la lección de universalidad y el sentido de "lo académico" haya perdurado.

No es extraño tampoco que Somolinos haya escogido epígrafes para establecer su postura en la filosofía de la historia. Pienso, como él, que la historia es la ciencia del hombre; ciencia del pasado humano. También de los hechos; pero de los hechos humanos y de los hombres que los han vivido y que se alojaron en ellos para interpretarlos en cada caso.

Al fijar su posición, al hacer profesión de estilo, Juan Somolinos adquiere el compromiso de recomenzar una labor que tomará varias vidas. Estoy seguro que su trabajo enriquecerá a esta casa y deseo que su pasión por el estudio del pasado se comunique a otros hombres, pues la obra lo requiere.

Al darle hoy la bienvenida como nuevo académico, quiero creer que Germán Somolinos, su ilustre antecesor en el Departamento de Historia de la Medicina, con quien me unían lazos de particular afecto, le hubiera gustado que yo comentara este trabajo, tanto como a mí me agrada el hacerlo.